

**Andrés Codesal Martín**

**LOS SANTOS Y  
LA NECESIDAD  
DE LA ORACION**

**APOSTOLADO MARIANO  
Recaredo, 44  
41003 Sevilla**

ISBN: 84-7693-270-7  
Depósito Legal B: 4022-94  
Printed in Spain  
Impreso en España

## INTRODUCCIÓN

*Este librito no es más que un extracto muy resumido de la obra titulada: «ANTOLOGÍA DE TEXTOS SOBRE LA ORACIÓN», la cual consta de dos tomos en el formato de 14x20, con un total de 946 páginas.*

*En ese libro se recogen textos muy importantes sobre la oración de un total de 182 autores, casi todos santos canonizados.*

*En este librito solamente recogemos una selección de los párrafos más importantes de sesenta y cinco autores, casi todos ellos de grandes santos y muy importantes maestros del espíritu, como son los Doctores de la Iglesia.*

*En la «Antología de Textos sobre la Oración», todos los textos llevan una nota o referencia indicando de donde han sido tomados. En este librito, por abreviar, no hemos querido poner las citadas referencias, y en su lugar ponemos el número de la página de la Antología de Textos donde han sido tomadas.*

*Al igual que en nuestra Antología, todos los santos están puestos en el libro por orden de antigüedad, según la fecha de su muerte, que va puesta entre paréntesis a continuación del nombre del santo. los que murieron en el primer milenio de nuestra era, corresponden al primer tomo de la Antología, y los que murieron a partir del año mil, corresponden al segundo.*

*He dicho esto para que aquellos que quieran leer estos textos en la Antología, sepan que los Santos del primer milenio tienen que buscarlos en el tomo primero, y los del segundo milenio en el segundo tomo, y en la página que este libro indica.*

\* \* \*

*Ya sabes que si quieres profundizar más en el tema de la oración, puedes hacerlo leyendo la «ANTOLOGÍA DE TEXTOS SOBRE LA ORACIÓN», publicada por nuestra Editorial.*

## LOS SANTOS Y LA ORACIÓN

**San Justino** (m. 165).— La oración y la acción de gracias, son los únicos sacrificios completos y agradables a Dios (pág. 149).

**San Clemente alejandrino** (m. 214).— Estando obligados a aspirar a la perfección, necesitamos indiscutiblemente recurrir a la oración, de la que jamás podremos prescindir... La oración nos debe acompañar siempre en todo nuestro obrar, pues nos une íntimamente con Dios y nos hace caminar hacia Dios... En cuanto a la continencia, es imposible conseguirla sin la ayuda de la gracia de Dios. Por eso dijo: «Pedid y se os dará» (pág. 153).

**Tertuliano** (m. 220).— La oración es lo único que puede vencer a Dios (pág. 157).

**Orígenes** (m. 254).— El que cree en la palabra de Jesús, que no puede mentir, no dudará un instante en hacer oración, pues Él dice:

«Pedid y se os dará... porque todo el que pide recibe» (Mt. 7,7).

Pues los que confían en las palabras de Cristo, ¿cómo no van a desear orar sin desmayo ante aquella invitación: «Pedid y se os dará, pues todo el que pide recibe» (pág. 159 y 162).

**San Cipriano** (m. 258).— (Hay que orar sin distracciones), pues ¿cómo puedes pedir a Dios que te escuche, si tú no te escuchas a ti mismo?, y ¿cómo vas a pedir que Dios se acuerde de ti cuando ruegas, si tu no te acuerdas de ti mismo? (pág. 174).

**San Efrén** (m. 379).— Gran armadura es la oración, tesoro indeficiente, riqueza inagotable, puerto sereno, fundamento de tranquilidad, raíz, fuente y madre de innumerables bienes... Durante toda la vida del hombre, no hay tesoro comparable a la oración. (pág. 189-189).

**San Isaac Abad** (m. 383).— Todas las virtudes tienen que llevarnos a la perfección de la oración, pues sin ella no hay virtud con solidez. Sin el conjunto de todas las virtudes,

es imposible adquirir la continua oración, y sin la oración, que es su fundamento, ninguna virtud alcanzará su perfección (pág. 191).

**San Basilio Magno** (m. 379).— Como el demonio sabe que la oración es el único medio por el que conseguimos todos los bienes, por eso hace todo cuanto puede para impedir-la... Ella es como la comida, sin la cual no se puede vivir por largo tiempo.

Oremos con fervor: No imploremos el auxilio divino con negligencia ni andando errantes con el pensamiento. El que tal hace no sólo no alcanzará lo que pide, sino que irritará a Dios... Ofende a Dios el que quiere que le oiga cuando él mismo no se oye... Esto no es orar, sino escarnecerle; no es aplacar a Dios, sino indignarle; no es pedir o pretender mercedes, sino incurrir en nuevas ofensas merecedoras de graves castigos; porque como dijo el profeta Jeremías (48,10): «Es maldito el que hace la obra de Dios con negligencia» (pág. 192).

Para no padecer distracciones en la oración, hemos de persuadirnos, como David, que Dios siempre está presente. Pues si aun en presencia de los hombres, nuestros iguales,

procuramos guardar tal compostura y palabras que no hallen qué reprender ¡con cuanta mayor razón habremos de ser circunspectos si nos persuadimos que estamos delante de Dios! (pág. 194).

**San Gregorio Niseno** (m. 390).— La oración es la obra sagrada y divina por excelencia...

Si la oración precede al trabajo, el pecado no encontrará entrada en el alma.

El que no se une a Dios por la oración, se aparta de Dios. Y el que está con Dios por la oración, se aparta del maligno (pág. 205).

Los niños al principio se contentan con leche materna, y cuando crecen aspiran a bienes superiores. Así también Dios, que quiere lo mejor para el hombre, no le escucha cuando pide nimiedades para que aspire al deseo de cosas sublimes. Por tanto, tú no te entretengas en pedir a Dios bagatelas, pídele cosas grandes. Pues es una necedad pedir cosas temporales al Eterno, terrenas al Celeste, bajas al Altísimo, y despreciables al que concede el Reino de los Cielos (pág. 206).

Ninguna de cuantas cosas hay por las que suspiran en este mundo los mortales, ninguna



de cuantas se pueden considerar preciosas, tanto por su vista como por su valor, ninguna, repito, puede igualar a la oración... Por tanto, si no fueres oído a la primera vez que rogares, no aflojes la oración, antes entonces insiste más en los ruegos, entonces levanta más que nunca la voz a Dios: porque el Señor quiere ser rogado, quiere ser forzado, quiere ser vencido de nosotros con una santa importunidad. Buena es la violencia, ya que con ella, lejos de ofenderse Dios, se calma y aplaca (pág. 207).

Nada en esta vida hay superior ni más valioso que la oración (pág. 210).

**San Macario Egipcio** (m. 390).— La oración es la piedra fundamental de todo el esfuerzo humano, y la persistencia en la oración es la cumbre de la perfección (pág. 219).

Lo máximo de nuestra cooperación con Dios, lo más importante que podemos hacer, es la perseverancia en la oración. Por ella podemos solicitar todas las virtudes y alcanzarlas de Dios...

El que día tras día se obliga a la perseverancia en la oración, será consumido por el amor espiritual en el deseo de Dios, será en-

cendido por la moción de la gracia espiritual de la santidad perfecta.

Lanza tu ancla en el abismo de la oración, y el vaporcito de tu vida resistirá con la fuerza de la gracia divina todas las olas de Satanás...

La Ley escrita contiene muchos misterios de carácter oculto. El monje que cuida la oración y continuamente se comunica con Dios, los reconoce, y la gracia le revela secretos todavía más grandes que los que se encuentran en la Sagrada Escritura. Por la lectura de la Ley escrita no se puede conseguir lo que se puede conseguir con la oración con Dios. Quien presta homenaje a Dios adorándole, no tiene por qué seguir la lectura. Por experiencia sabe que todo se perfecciona en la oración. (pág. 220).

**San Gregorio Nacianceno** (m. 390).— Dios recibe como beneficio propio el que nosotros le pidamos sus favores, pues, más desea Dios darnos sus gracias que nosotros recibirlas... Jamás le pidamos cosas pequeñas o de poca importancia, que son indignas de la divina magnificencia (pág. 224).

**San Ambrosio** (m. 397).— Debemos de ser continuos y hasta pertinaces en nuestros ruegos; pues, si para salvarnos Jesucristo se pasaba las noches orando, ¿cuanto más debemos hacerlo nosotros para conseguir la salvación eterna?

El Señor concede siempre más de lo que se le pide: el ladrón en la cruz solo pedía que se acordase de él, pero el Señor le dice: «Hoy estarás conmigo en el Paraíso» (pág. 227).

La oración es el único poder capaz de vencer al mismo Dios. Cristo le confirió su potencia absoluta para el bien: Destruye el pecado, aleja las tentaciones, desbarata las persecuciones, consuela a los pusilánimes, alienta a los magnánimos, guía a los peregrinos, alienta a los necesitados, levanta a los caídos, sostiene a los valientes y confirma a los fuertes. Es muro de defensa para la fe y arma contra el adversario que nos acecha...

Dedícate con asiduidad a la oración y a la lectura santa. Distribuye tu tiempo y tus ocupaciones de tal forma que la lectura suceda a la oración y la oración a la lectura, a fin de que puedas participar de bienes tan inmensos y nunca te veas privado de ellos... Pues si a pesar de vivir consagrados a la lectura y a

la oración, nos cuesta trabajo mantener el corazón libre de toda influencia diabólica, ¿cómo no se va a lanzar desembocado a los vicios sin los frenos de la lectura y de la oración? (pág. 229).

**Evagrio** (m. 399).— Si eres teólogo, orarás verdaderamente, y si oras verdaderamente, eres teólogo (pág. 242).

No desees que tus cosas te sucedan como a ti te guste sino como quiera Dios. Entonces tu oración estará llena de paz y de acción de gracias.

Como la vista es el más noble de los sentidos, así la oración es la más divina de las virtudes (pág. 246).

**San Juan Crisóstomo** (m. 407).— El que no ruega a Dios, ni ansía gozar constantemente de la divina conversación, está muerto y sin alma, y no tiene del todo sano el juicio; y esta es la mayor señal de insensatez: el no conocer la grandeza de este honor, ni amar la oración, ni tener por muerte del alma el no postrarse delante de Dios. Pues claro está que así como a este nuestro cuerpo, cuando le falta el alma queda fétido, así el alma cuando no

hace oración, ya está muerta, miserable y corrompida (pág. 262).

Por esto, cuando veo a alguno que no ama la oración, y que no siente hacia ella un afecto encendido y vehemente, ya para mí es cosa manifiesta que ese tal no abriga en su alma nada de grande y generoso; pero cuando veo a uno que no se harta de dar culto a Dios, y juzga el no orar continuamente por el mayor de los daños, conjeturo que ese tal es un fiel y firme practicante de todas las virtudes, y templo de Dios (pág. 263).

Pero quizá alguno de los más perezosos y de los que no quieren orar con cuidado y empeño, se persuadirá que Dios dijo también aquellas palabras: «No todo el que dice Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hiciere la voluntad de mi Padre que está en los cielos (Mt. 7,21). Ciertamente, si yo juzgara que la oración por sí sola basta para nuestra salvación, con razón podría alguno hacer uso contra mí de esas palabras; pero, diciendo, como digo, que la oración es como la cabeza de todos los bienes, y el fundamento y raíz de toda vida provechosa, nadie por pretexto de su pereza se defiende con semejantes palabras. Porque ni sólo la intemperancia puede salvar-

nos sin los otros bienes, ni el cuidado de los pobres, ni la bondad ni cosa alguna de las que se pueden desear: sino que conviene que todas juntas entren en nuestras almas. Pero la oración está debajo de todas como raíz y base; y así como a una nave y a una casa, las partes que están debajo la consolidan y sostienen, de la misma manera las oraciones fortalecen nuestra vida, y sin ella nada habría en nosotros de bueno y saludable. (pág. 266).

No basta con que nos esforcemos nosotros solos; hay que invocar también el auxilio de lo alto, y ese auxilio vendrá infaliblemente y nos asistirá y tomando parte en nuestros combates nos lo hará todo fácil. (pág. 271).

Es la oración la causa, el principio, la fuente y raíz de todos los bienes... No hay cosa que tanto nos haga crecer en la virtud como la frecuente oración (pág. 288).

**San Jerónimo** (m. 420).— Aunque seas pecador, si persistes en acudir a Dios con la oración, Él te tratará como a hijo... Hay que ser insistente, pues Él gusta de esta importunidad, y para conseguir sus gracias vale más la importuna perseverancia que la misma amistad.

Dice el Señor: «Todo el que pide, recibe; y quien busca, halla; y al que llama se le abre (Lc. 11,10). Pues si es verdad que se da al que pide, que el que busca, halla, y que se abre al que llama a la puerta, como aquí afirma el Hijo de Dios; se concluye necesariamente que aquel a quien no se da, que no halla, o que no se le abre la puerta, es porque no ha pedido como debía, ni buscado con diligencia, ni llamado a la puerta con perseverancia. (pág. 297).

**San Agustín** (m. 430).— Dios atiende siempre nuestras oraciones aunque no nos de lo que le pedimos. El sabe lo que nos conviene y nos trata como el médico bueno y sabio, que no le da al enfermo sino lo que le conviene y le hace bien; como Padre amoroso que nunca dará a su hijo lo que pueda hacerle daño aunque se lo pida llorando. (pág. 330).

Tenemos en la oración un arma universal y la más apropiada a todas nuestras necesidades, constituye para cada uno un tesoro que no disminuye jamás, riquezas que no se agotan nunca, un puerto donde se está con seguridad, un lugar de reposo y calma. Ella es el principio, el origen y la raíz de todos los bienes.

En cuanto el espíritu de oración entra en

un alma, todas las virtudes entran en ella al mismo tiempo.

La oración es el alimento del alma, porque así como sin el alimento material no se puede conservar la vida del cuerpo, del mismo modo sin la oración no se puede conservar la vida de la gracia.

La oración es la fuerza del alma y la debilidad de Dios (pág. 338).

**San Nilo** (m. 450).— No dará Dios la perseverancia sino a quien se la pida con perseverante oración.

Toda la guerra que nos hacen los demonios, no es sobre otra cosa, sino sobre que no hagamos oración, porque ella le resulta a ellos grandemente perjudicial y odiosa.

Sólo podrás ser verdadero teólogo si oras bien (pág. 353).

En la oración no pidas que se haga tu voluntad, porque no siempre es conforme con la de Dios; que tu oración sea como el Señor te enseñó, pidiendo que se haga su voluntad en ti y en todas las cosas...; porque todo lo que Él quiere es bueno y para nuestro provecho, y tú no siempre quieres eso (pág. 354).



**San Pedro Crisólogo** (m. 450).— Quien desee ser escuchado en sus oraciones, que escuche también él al que le pide, pues quien no cierra sus oídos al que le suplica, abre los de Dios a sus propias peticiones. (pág. 357).

Pedimos que se nos perdonen nuestros pecados... Si quieres que se te perdone siempre, perdona tú siempre. Cuanto quieres que se te perdone, tanto perdona. Quieres que se te perdone todo, perdona tú todo. Perdonando a otros te perdonas a ti mismo. (pág. 358). Abre para sí el oído de Dios quien no cierra el suyo al que le suplica. Márcate tú la medida de la misericordia que quieras recibir, y con la prontitud que tu desees recibir misericordia, se tú misericordioso con los demás (pág. 359).

**San León Magno** (m. 461).— Cuando el Señor dice a sus discípulos: «Sin Mí nada podéis hacer» (Jn. 15,5), quiere decir el Señor que, el hombre que hace el bien, consigue de Dios, por la oración, tanto el deseo como la realización de la obra. (pág. 360).

**San Gregorio Magno** (m. 604).— ¿Por qué dijo Jesús al ciego: «¿Qué quieres que te haga?»? ¿Acaso el que podía dar la vista ig-

noraba lo que el ciego quería? No; pero se lo pregunta porque para conceder sus gracias quiere que se las pidan. Por eso aconseja tan reiteradamente la oración. No para enterarse, porque «bien sabe vuestro Padre celestial lo que necesitáis antes de que se lo pidáis. Pero no obstante pregunta para que se le pida, para incitar al corazón a que ore. (pág. 385).

Si tú no fueres oído la primera vez que rogarés, no aflojes en la oración, antes entonces insiste más en los ruegos, entonces levanta más que nunca la voz a Dios: porque el Señor quiere ser rogado, quiere ser violentado, quiere ser vencido de nosotros con una santa importunidad.

También la misma predestinación del reino eterno, de tal forma ha sido dispuesta por Dios omnipotente, que los elegidos lo consiguen con su esfuerzo, en cuanto orando merecen recibir todo lo que Dios desde la eternidad tiene determinado concedernos (pág. 387).

**San Juan Clímaco** (m. 635).— Después de haber perseverado por mucho tiempo en la oración, no digas que no has llegado a nada; pues ya has obtenido un resultado. En efecto, ¿qué mayor bien que el unirse al Señor y

perseverar sin descanso en esta unión con Él? (pág. 395).

En la guerra se conoce el amor del soldado por su rey; el tiempo y la práctica de la oración revelan el amor que el monje tiene a Dios (pág. 396).

Como la fragua depura el oro, así la práctica de la oración descubre el celo y el amor de los monjes para con Dios. (pág. 401).

**San Isidoro de Sevilla** (m. 636).— La oración nos purifica y la lectura nos instruye; ambas cosas son excelentes, pero si no hubiera tiempo para todo, puede suprimirse la lectura, pero no la oración.

El que gusta de estar siempre con Dios, debe orar con frecuencia, y así mismo leer. Porque cuando oramos, somos nosotros los que hablamos con Dios, y cuando leemos es Dios quien habla con nosotros.

Todo el aprovechamiento proviene de la lectura y de la meditación, porque con la lectura aprendemos las cosas que ignoramos, y con la meditación conservamos las que hemos aprendido.

Mientras oramos nos fortalecemos nosotros y el enemigo se debilita, pero en dejando

de orar, nos debilitamos nosotros y él recobra sus fuerzas. La oración asidua enflaquece las fuerzas de la tentación y del tentador... (pág. 404).

En ningún momento anda el demonio tan solícito en distraernos con la memoria de las cosas temporales como cuando nos dedicamos a la oración. (pág. 405).

**San Máximo Confesor** (m. 662).— Aunque todas las virtudes ayudan al espíritu a conseguir el ardiente amor de Dios; pero más que todas ellas la oración. En alas de la oración nuestro espíritu es arrebatado hacia Dios, alejándose de las criaturas. (pág. 412).

**San Ildefonso de Toledo** (m. 667).— El maestro debe apoyar el fruto de su predicación, no en sus palabras, sino en la intensidad de la oración.

En cuanto esté de su parte debe insistir más con piadosas oraciones que con las dotes de orador, de modo que, orando por sí mismo y por aquellos a los que va a hablar, antes ha de ser más amigo de orar que maestro, y tanto en las conversaciones privadas como en las asambleas de la Iglesia, ha de insistir más en

alimentar su alma sedienta con la oración, antes de que hable la lengua, para que eructe lo que hubiere bebido o derrame lo que le sació... (pág. 415).

Recordad a Dios para que, sin cesar, Él os recuerde, pues si os recuerda os salvará y recibiréis todos sus bienes. No lo olvidéis con vanas distracciones si no queréis que Él os olvide en el momento de vuestras distracciones (pág. 418).

**San Hesiquio** (s. VII y VIII).— Lo que Dios con su divina providencia y disposición desde toda la eternidad tiene determinado dar a los hombres, lo da en el tiempo por medio de la oración (pág. 432).

Tener para con vos, ¡oh dichosa Virgen!, una devoción singular, es tener aquellas armas defensivas que Dios pone en manos de los que quiere salvar (pág. 433).

**San Bernardo** (m. 1153).— ¿Quiénes somos nosotros y con qué fortaleza contamos para poder resistir a tantas tentaciones? Pero esto es precisamente lo que pretende el Señor, que al palpar así nuestra flaqueza nos demos cuenta de nuestra incapacidad, y acudamos con

toda humildad a su misericordia, convencidos que no tenemos otro auxilio que nos pueda valer. Por eso os pido, hermanos, que tengáis siempre a mano el refugio inexpugnable de la oración.

Fuerte es el poder del infierno, pero la oración es más fuerte que todos los demonios. En la dulce quietud de la oración es donde se adquieren las fuerzas necesarias para hacer frente a los enemigos y practicar las virtudes...

Hermanos, no despreciéis vuestra oración, pues, os digo de verdad que no la tiene en poco Aquel a quien se hace. Antes que salga de vuestra boca la manda escribir en su libro, y, una de dos cosas podemos esperar sin ningún género de duda: que nos dará lo que le pedimos u otra gracia mejor si Él la cree más conveniente... La oración nunca es infructuosa. (pág. 28).

Por tanto, sabiendo que en la oración se nos da la buena voluntad, cuando sepas lo que debes hacer, haz oración para ser capaz de realizarlo. (pág. 32).

**San Buenaventura** (m. 1274). En verdad que el auxilio divino solamente acompaña a quienes de corazón lo piden humilde y devo-

tamente suspirando por él en este valle de lágrimas; cosa que se consigue con la oración ferviente; lo que significa que la oración es la madre y origen de la sobreelevación. (pág. 50).

Cuantas veces nos postramos delante de Dios para orar, alcanzamos bienes que valen más que el mundo universo... Todo aquel religioso que no se ejercita con ahínco a la frecuente oración, verdaderamente que no solamente es inútil y miserable, sino que, a los ojos de Dios trae un alma muerta en un cuerpo vivo (pág. 51).

**Santo Tomás de Aquino** (m. 1274).— Nosotros para luchar y vencer, necesitamos la gracia de Dios, y sin ella no podemos resistir a tantos y tan poderosos enemigos... Pero como resulta que Dios da la gracia a los que se la piden; por tanto, sin oración no hay victoria ni puede haber salvación.

Hay que tener en cuenta que todas las gracias que el Señor desde toda la eternidad ha determinado conceder a los hombres, nos las ha de dar únicamente por medio de la oración. (Pág. 52).

Todo hombre está obligado a orar, por el simple hecho de que está obligado a procurarse

los bienes espirituales que solamente le pueden venir de Dios, y que Dios no se los dará si él no se los pide. (pág. 53).

Para que la oración resulte infaliblemente eficaz es preciso que reúna las siguientes condiciones:

1.<sup>a</sup> Que le pidamos para nosotros mismos. La oración en favor del prójimo puede fallar si éste la rechaza obstinadamente, cosa que no ocurre cuando pedimos para nosotros mismos.

2.<sup>a</sup> Que le pidamos cosas necesarias o convenientes para nuestra salvación. Cuando pedimos, conscientemente o inconscientemente, cosas inconvenientes para nuestra salvación, Dios nos las niega misericordiosamente.

3.<sup>a</sup> Piadosamente, o sea, con humildad, confianza en Dios y en nombre de Cristo, etc.

4.<sup>a</sup> Con perseverancia. Dios quiere probar nuestra fe y nuestra perseverancia antes de concedernos las gracias que está dispuesto a concedernos desde el primer momento. Es por nuestro bien. (pág. 61).

Estas son las condiciones para la eficacia *infalible* de la oración. De hecho, en la práctica obtenemos muchas cosas de Dios sin necesidad de reunir todas estas condiciones, por un efecto sobreabundante de la divina miseri-



cordia. Pero, reuniendo estas condiciones, obtendríamos *infalliblemente* —por la promesa divina— incluso aquellas gracias que nadie absolutamente puede merecer, tales como las gracias eficaces para no caer en el pecado grave, o el gran don de la perseverancia final. (pág. 62).

**Santa Angela de Foligno** (m. 1309).— Sin la luz de Dios ningún hombre se salva. La luz de Dios hace dar al hombre los primeros pasos y la misma luz lo conduce hasta la cumbre de la perfección.

Si quieres empezar a poseer esa luz, ora. Si ya comenzaste a perfeccionarte y quieres que esa luz aumente, ora. Si ya llegaste a la cumbre de la perfección y quieres recibir más luz para permanecer en ella, ora. Si quieres la fe, ora. Si quieres la esperanza, ora. Si quieres la caridad, ora. Si quieres poseer todas las virtudes, ora... Cuanto más ores, más iluminado serás, y cuanto más iluminado seas, tanto más profunda y esclarecidamente verás al Sumo Bien y a su infinita bondad. Y cuanto más profunda y excelentemente lo veas, tanto más lo amarás. Y cuanto más le ames, tanto más feliz serás. Y cuanto más feliz seas, tanto

más lo comprenderás y te harás capaz de comprenderlo. (pág. 72).

Pues, ¿por qué descuidas la oración si nada se puede lograr sin ella?... Si deseas algo de Él es absolutamente imprescindible que ores. Sin la oración nada lograrás. (pág. 73).

Orad y orad asiduamente. Cuanto más oréis, más iluminado seréis; más profundamente, más sublime y más evidente será vuestra contemplación del soberano Bien. Cuanto más profunda y sublime sea ésta, tanto más ardiente será el amor; mientras más arda el amor, más delicioso será el gozo y más perfecta la comprensión. (pág. 77).

**San Gregorio Sinaíta** (m. 1346).— Por encima de todos los mandamientos existe este mandamiento que los involucra a todos: «*Acuérdate del Señor tu Dios en todo tiempo*» (Det. 8,18). Si este mandamiento no se cumple, no se cumplirá ninguno; pero cumpliendo ésto, está asegurado el cumplimiento de todos... (pág. 83).

No lo olvides: El recuerdo de Dios, o sea, la oración espiritual, es la más elevada de todas las acciones y la más grande de todas las virtudes, junto con la caridad... (pág. 84).

**San Gregorio de Palamas** (m. 1359).— La virtud de la oración es la que lleva a cabo el sacramento de nuestra unión con Dios, pues la oración es el vínculo de las creaturas racionales con el Creador (pág. 86).

El trabajo que se requiere para cualquier otra virtud es insignificante y ligero en comparación al trabajo que se requiere para perseverar en la oración... Pero a los que son pacientes y constantes en la oración, los están esperando los más grandes auxilios divinos, que los sostendrán y los llevarán gozosamente hacia adelante, haciéndoles fácil la misma dificultad y confiriéndoles una aptitud angélica (pág. 87).

**Beato J. Taulero** (m. 1361).— La oración es la más útil, deleitable y más noble de todas las obras. Esto es lo más provechoso que podemos hacer en cualquier tiempo... Por lo demás, queridísimos amigos, sabed que se hacen un daño espantosamente grande y mortífero todos aquellos que menosprecian esta obra de la oración y no emplean en ella todas sus facultades. Viven en un grandísimo peligro perdiendo tiempo tan precioso. (pág. 89).

**Santa Catalina de Siena** (m. 1380).—  
Perseverando en la oración humilde, fiel y  
continua, adquiere el alma todas las virtudes...

Pero no pienses que se recibe tan grande  
ardor y alimento sólo con la oración vocal,  
como piensan muchas almas, cuya oración es  
de palabra más que de afecto, de modo que  
parece que no atienden a otra cosa que a reci-  
tar muchos salmos y padrenuestros. Satisfecho  
el número que se han determinado rezar, pa-  
rece que no piensan en otra cosa; como si la  
finalidad de la oración fuera sólo la recitación  
vocal. No debe ser así, pues no haciendo más  
que ésto, sacan poco fruto y esto me agrada  
poco... Pues si únicamente atiende a cumplir  
con el número de oraciones, o si por la vocal  
abandonase la mental, nunca alcanzará la per-  
fección. (pág. 93).

¿Cómo podría creer que puede haber amor  
de Dios en aquella alma que se descuida de  
tratar con El por medio de la oración?

Dios me ha hecho comprender que nunca  
llegaría a la perfección, ni a la posesión de  
ninguna sólida virtud sin la oración humilde,  
fiel y perseverante... Ella es la madre que con-  
cibe y nutre todas las virtudes y sin la cual  
todas se debilitan y mueren...

No puede el alma llegar a poseer verdaderamente a Dios si no le entrega todo su corazón sin división de afectos. Y no lo entregará sin la ayuda de una oración humilde en que se reconozca bien su propia nada. Debe entregarse a esta clase de oración con toda el alma y muy de veras hasta contraer un hábito. Con la continua oración crecen y se fortalecen las virtudes; sin ella, se debilitan y mueren. (pág. 95).

**San Lorenzo Justiniano** (m. 1456).—  
¿Qué justo ha luchado sin acudir a la oración?  
¿quién jamás fue vencido por el enemigo si  
ha empleado el arma de la oración?... Dará la  
vitoria a los que luchan quien dio valentía para  
orar...

Cuantas veces, oh hombre, te veas envuelto en luchas y trabajos, recurre en seguida a la ayuda de la oración, insiste con ruegos, pide con gemidos, suplica con lágrimas, porque en la medida que muestres empeño en orar, recuperarás la gracia perdida, saldrás de la oración rebosando tranquilidad; no la busques en otra parte fuera de la oración...

En la oración nadie se siente rechazado, sólo aquel que en la misma se conduce con

tibieza. ¿A qué insistir más? Porque la oración es refugio del alma santa, consuelo para el ángel bueno, obsequio agradable a Dios, muerte de los vicios, madre de las virtudes, solaz en esta peregrinación, espejo del alma, fortaleza de la conciencia, camino del conocimiento. La oración nutre la confianza, estimula la caridad, es alivio en la fatiga, causa de compunción, puerta del cielo, enemiga mortal de los malos pensamientos, recogimiento del alma distraída. La oración aviva el fuego de los divinos afectos, imita el oficio de los ángeles, es prenda segura de todos los bienes espirituales; el que logre perseverar en ella no podrá perecer. Nada hay más sublime y más poderoso que un hombre en oración...

Yo me atrevo a afirmar que sin la oración no podemos alcanzar la salud eterna, porque la divina misericordia de quien ella depende, sólo por la oración se nos aplica y obra en nosotros los efectos que son causa de la vida eterna. (pág. 106).

Nadie es capaz de narrar lo poderosa que es la oración asidua del justo, lo necesaria que es para todos, y su total conveniencia para los que deseen llegar a la perfección. Me atrevo, incluso, a decir, que nadie puede salvarse sin

ella, ya que la misma salvación se da por la misericordia de Dios y la mediación de la oración. (pág. 109).

**San Nilo de Sora** (m. 1508).— Muchos otros Padres hicieron parecidas observaciones, y todos están de acuerdo en este punto, que sin mucha oración no conseguiremos la victoria contra nuestras pasiones...

El pensar en Dios, es decir, la oración mental está por encima de todas las acciones y es la principal de todas las virtudes, puesto que ella es amor a Dios. (pág. 113).

**García J. de Cisneros** (m. 1510).— Más aprovecha a toda la Iglesia la oración devota de un sólo contemplativo, que todo lo que puedan hacer doscientas personas de vida activa, si no están ocupados por obediencia para socorrer las necesidades de los otros. (pág. 115).

**Santo Tomás de Villa Nueva** (m. 1555).— La oración es como el calor natural del estómago, sin el cual es imposible conservar la vida ni ser algún manjar de provecho...

Tenemos dos motivos que nos fuerzan a

pedir; primero, que para salvarnos necesitamos la ayuda de Dios; segundo, que Dios solamente promete su ayuda a aquellos que se lo piden por la oración.

Dios, no solamente está dispuesto a darnos, sino que nos manda que le pidamos y hasta nos castiga si no lo hacemos. Solamente hay una cosa que supere a nuestro deseo de recibir: el deseo que Dios tiene de darnos sus dones. Dios quiere perfeccionarnos mucho más que nosotros deseamos la perfección. (pág. 117).

La eficacia de la oración siempre depende de nosotros, pues si no recibimos lo que pedimos es porque pedimos mal.

Santiago dice que si no recibimos cuando pedimos, es porque pedimos mal (4,3). La eficacia de la oración es infalible, cuando aceptando la voluntad de Dios, pedimos ayuda para cumplir lo que nos manda. (pág. 118).

**San Pedro de Alcántara** (m. 1562).— La experiencia nos demuestra cada día que al tiempo que una persona espiritual se dedica a una profunda y devota oración, allí se le renuevan todos los buenos propósitos; allí son las determinaciones de bien obrar; allí el de-



seo de agradar y amar a un Señor tan bueno y dulce como allí se le ha mostrado, y el deseo de padecer nuevos trabajos y asperezas y aun derramar la sangre por Él... Por eso es tan alabado y recomendado este santo ejercicio por todos los santos; porque es el medio para alcanzar la devoción, la cual, aunque no es más que una sola virtud, nos habilita y mueve a todas las otras virtudes, y es como un estímulo general para todas ellas.

Sería imposible la mortificación de nuestro cuerpo, y mucho más la mortificación de la propia voluntad, sin los consuelos y regalos que Dios concede al alma por medio de la oración. (pág. 121).

**San Juan de Avila** (m. 1569).— Lo primero que debe hacer quien desea agradar a nuestro Señor, es tener buenos ratos entre día y noche diputados para la oración... Ha de pedir siempre a Dios perseverancia, acordándose del dicho de nuestro Redentor: «El que persevere hasta el fin se salvará»...

Las armas ofensivas y defensivas contra los demonios, son la oración, la cual él querría quitar, porque con ella lo tenéis desarmado.

Para aprovechar en la oración son impor-

tantísimas dos cosas: Primera, que no dejéis las horas acostumbradas por ninguna ocasión que se ofrezca, si no fuere cosa de obligación, o muy grande necesidad, o por no poder más. Segundo, que os prepareis pensando qué vais a hacer, que es hablar y negociar con Dios, donde, si bien lo hacéis, alcanzareis mayores mercedes que valen todos los señoríos del mundo.

Toda vuestra fuerza está en Dios, que de vos sólo tenéis caídas y pecados. Y Dios solamente da su fuerza a quien en la oración es vigilante. (pág. 130).

**Santa Teresa de Jesús** (m. 1582).— La oración mental es el principio para alcanzar todas las virtudes, y cosa en que nos va la vida en tenerla a todos los cristianos...

Allí (en la oración) son las promesas y determinaciones heroicas; la viveza de los deseos, el comenzar a aborrecer el mundo, el ver muy claro su vanidad. (pág. 159).

Las almas sin oración son como un cuerpo tullido que, aunque tiene pies y manos, no se puede mover.

Aquellos ratos que estamos en la oración, Dios los tiene por mucho.

La puerta para entrar es la oración. Pues pensar que vamos a entrar en el cielo sin entrar en nosotros conociéndonos y considerando nuestra miseria, y lo que debemos a Dios, pidiéndole muchas veces misericordia, es desatino.

En la oración es donde el Señor da luz para conocer las verdades. (pág. 160).

Por mucho que tengan que hacer, no dejen de procurar tiempo para tener oración.

Todas las cosas de más subida perfección se imprimen en la oración.

Con que se haga bien la oración, que es lo más importante, no dejarán de cumplirse los ayunos y disciplinas y silencio que manda la Orden. (pág. 161).

**San Carlos Borromeo** (m. 1584).— Entre todos los medios que el Señor nos dejó en el Evangelio, el que ocupa el primer lugar es la santa oración.

La oración es la madre de todas las virtudes, la cual, por ser principio, progreso y coronamiento de todas, no hay ninguna otra tan encomendada en toda la Escritura, ni hay ninguna que deba sernos tan familiar, ni que más a menudo y con mayor interés necesariamen-

te hayamos de procurar ejercitar todos los fieles.

Tened ánimo, hijitos míos, que en vuestras manos está vuestra salud: basta con que la queráis, basta con que consintáis, basta con que la pidáis...; porque el que os hizo sin contar con vosotros, no os salvará sin vosotros. (pág. 172).

**San Luis Gonzaga** (m. 1591).— El que no sea hombre de oración, no llegará nunca a un alto grado de santidad, ni triunfará nunca de sí mismo. Toda la cobardía y la poca mortificación que se echa de ver en las almas religiosas, no procede sino de que se descuida la oración, que es el medio más corto y eficaz para alcanzar las virtudes. (pág. 175).

**Beato Alonso de Orozco** (m. 1591).— Conviene que estés avisado: más te vale una hora de oración, que un día entero de lección; porque en la lección tienes por maestro al libro, y en la oración al Espíritu Santo.

Nota bien que en la oración es donde se halla el camino para llegar a la sabiduría; luego, fuera de ella, andas perdido buscando el verdadero saber. Pluguiese a Dios que como

Salomón, partieses sabiamente el niño a las dos madres, que son la lección y la oración... Pártele de forma que siquiera des tantas horas a la oración como al estudio. (pág. 176).

La vida es una lucha continua sobre la tierra, como dice Job (7); pues siendo la oración la única arma poderosa que tenemos, ¿cómo la vamos a descuidar?

Dice San Bernardo: ¿Qué gusto sientes cuando ayunas? ¿Pues acaso por eso no es bueno ayunar? Y si das limosna, si sirves a los pobres, si lo haces por Dios, en todo mereces aunque no sientas gusto y suavidad. Por tanto, aunque en la oración no sientas gusto, no por eso deja de ser muy meritoria. (pág. 177).

**San Juan de la Cruz** (m. 1591).— Quien huye de la oración, huye de todo lo bueno.

Por ninguna ocupación se debe dejar la oración mental, que es el sustento del alma.

Nunca falte a la oración, y cuando tuviere sequedad y dificultad, por el mismo caso persevere en ella, porque quiere Dios muchas veces ver lo que tiene en su alma, lo cual no se prueba en la facilidad y gusto. (pág.181).

Adviertan, pues, aquí los que son muy activos, que piensan abrasar el mundo con sus

predicaciones y obras exteriores: que mucho más provecho traerían a la Iglesia y mucho más agradarían a Dios, dejando aparte el buen ejemplo que de sí darían, si gastasen siquiera la mitad de ese tiempo en estarse con Dios en oración... Cierto, entonces harían más y con menos trabajo con una obra que con mil, mereciéndolo su oración y habiendo cobrado fuerzas espirituales en ella; porque, de lo contrario, todo es martillar y hacer poco más que nada, y aún a veces daño. (pág. 183).

**San Felipe de Neri** (m. 1592).— No hay nada que el demonio tema más que la oración, por eso anda continuamente buscando medios con qué poder destruir en las almas el espíritu de oración... Y es que la oración mental y el pecado no pueden estar juntos.

El hombre que no hace oración es como un animal sin razón. No hay cosa mejor para el hombre que la oración, y sin ella no es posible sostenerse por mucho tiempo en la vida de la gracia: por eso es preciso recurrir cada día a este poderosísimo medio de salvación.

Por este motivo tiene el demonio tanto miedo a la oración, y no hay cosa que le eno-

je tanto, y ninguna procura impedir con mayor empeño como la oración (pág. 184).

**San Pascual Bailón** (m. 1592). No pidas nada que no entiendas que Dios quiere que la pidas, el cual tiene mayor voluntad de dar y conceder tu petición que tú tienes de pedirle, y está siempre esperando que le pidamos. Por tanto, más te ha de hacer pedir la gana que Dios tiene de darte, que no la necesidad que tú tienes de lo que le pides. (pág. 184).

Ciertamente no se equivocará nadie que asegure ser la oración la causa y origen de toda virtud y justicia, y que ninguna cosa de todas cuantas son necesarias para la piedad, puede entrar en el alma donde falte la oración. (pág. 185).

**San Pedro Canisio** (m. 1597).— Es inexcusable el hombre que se mantiene tan perezoso e inobediente en no querer orar y orar como es debido. Ese tal peca contra Dios Padre, que está dispuesto a escuchar a todos, más aún, a ayudar a todo el que le invoca. (pág. 189).

**Antonio de Molina** (m. 1612).— La ora-

ción es la que gobierna toda la vida espiritual, como lo demuestra la experiencia; pues, al paso que anda la oración, anda todo el aprovechamiento del alma y el ejercicio de las virtudes. (pág. 195).

**San Juan de la Concepción** (m. 1613).— Dice Santo Tomás que al que hace lo que puede, Dios no le niega su gracia... Por tanto, debemos llegarnos a la oración con tal confianza de que nos dará Dios lo que pedimos, porque lo tiene prometido sin condiciones, diciendo que siempre que pidamos algo nos lo concederá (Jn. 14,14; 16,23). En este caso el hombre pide lo que le deben, supuesta la palabra y promesa de Dios, y por tanto, pide lo que es suyo. (pág. 212).

**San Alonso Rodríguez** (m. 1617).— Esta es la mejor de las obras de todas cuantas puede hacer un cristiano; pues ésta es aquella mejor parte que escogió María, y ésta es, entre todas las cosas de la que Dios más se sirve... Pues aquí es donde nuestro corazón se ejercita más en el amor actual de Dios, que es la mejor de todas las obras, como dice Santo Tomás... (pág. 213).



El remedio para conocer y hacer la voluntad de Dios es la oración, el tratar el alma muy a menudo con Él, para que el Señor la enseñe a hacer su santa voluntad, y le de gracia para ponerla por obra. (pág. 214).

Tanto cuanto mejor haga el alma la oración, tanto más conocerá a Dios, y tanto cuanto más el alma conoce a Dios, tanto más le ama y se aficiona a Él... (pág. 218).

Mayores deseos tiene Dios de comunicarse con nosotros y de hacernos mercedes que nosotros tenemos de recibirlas; sino que está esperando que nosotros se las pidamos y tengamos verdadera hambre y deseos de alcanzarlas. (pág. 222).

**San Juan Berchmans** (m. 1621).— Si hago bien mi oración, no habrá ningún peligro de perder mi vocación; porque en el descuido de la oración está el origen de toda apostasía de la religión...

Quien no ama la oración no puede perseverar en la vida espiritual. Si no tengo el hábito de la oración, no podré vivir en paz en la Compañía. La oración desagrade tanto al demonio que no ahorra ningún esfuerzo para impedirla... (pág. 226).

**San Roberto Belarmino** (m. 1621).— No hay santo alguno que no haya sobresalido en la oración...

¡Ay de nosotros si nuestra vida fuera puramente activa! Porque cuanto intentemos aprovechar a los otros, nos perjudicaremos a nosotros mismos, sino es que también les perjudiquemos a ellos.

Si queremos alcanzar la perseverancia, no tenemos más remedio que pedírsela a Dios todos los días hasta la muerte... Es moralmente imposible que pueda vivir sin pecado quien no hace oración. (pág. 229).

**San Francisco de Sales** (m. 1622).— Emplea todos los días una hora antes del desayuno, y si puede ser por la mañana temprano, en meditar, pues entonces tendrás tu espíritu más espejado después del descanso de la noche. No debes emplear más de una hora a no ser que tu padre espiritual te aconseje lo contrario... La práctica seria de este ejercicio es una de las cosas más importantes en la religión y en la vida espiritual. (pág. 230).

Aquí en la oración es donde debemos perseverar continuamente, y créeme, hermano, que no podremos ir a Dios Padre si no es por

esta puerta. Y no tienes que apresurarte para rezar mucho, sino procura decir de corazón lo que dices; pues un sólo padrenuestro rezado con atención, vale más que muchos rezados veloz y apresuradamente. (pág. 231).

**San Simón de Rojas** (m. 1624).— Viendo Dios que en lo que más nos importa andábamos perezosos, no quiso dejar a nuestra cortesía este soberano ejercicio de la oración, sino que nos obligó a orar con particular precepto. De manera que así como estamos obligados a amar a Dios y al prójimo... de igual modo se nos obliga a orar, como enseña Santo Tomás. (pág. 232).

Es tan alta y poderosa la virtud de la oración en la vida espiritual, que ella es la que regula y concierta nuestras vidas, de tal manera que, tal como sea nuestra oración, serán todas nuestras virtudes y la santidad de nuestras vidas. (pág. 245).

**Venerable Luis Lallemant** (m. 1635).— Es cierto que un hombre de oración hace mucho más bien en un año que otro en toda su vida. (pág. 247).

**San José de Calasanz** (m. 1648).— El religioso que no sabe hacer oración es como un hombre desarmado, que pueden herirle por todas partes.

El religioso que no sabe hacer oración mental, es como un cuerpo sin alma. Poco a poco comienza a dar mal olor de sí... (pág. 254).

El superior debe emplear todas sus artes para introducir en la oración a los súbditos.

Sin la oración no se puede estar bien con Dios; porque es tan necesaria al hombre interior como el alimento corporal al hombre exterior. (pág. 252).

**San Vicente de Paul** (m. 1660).— En la oración mental es donde yo encuentro el aliento de mi caridad... Lo de mayor importancia es la oración; suprimirla no es ganar tiempo sino perderlo. Dadme un hombre de oración y será capaz de todo.

La oración es el alimento del alma; lo mismo que todos los días necesitamos el alimento corporal, también necesitamos todos los días el alimento espiritual para la conservación de nuestra alma. (pág. 258).

Debéis hacer oración todos los días, tal

como indican vuestras reglas. Diré más aún, hijas mías: hacedla, si podéis, a cualquier hora, e incluso, no salgáis nunca de ella, porque la oración es tan excelente que nunca la haréis demasiado, y cuanto más la hagáis, más la querréis hacer, si de veras buscáis a Dios. (pág. 259).

¡Si supieseis, hijas mías, qué fácil es distinguir una persona que hace oración de otra que no la hace! Se ve muy fácilmente. Veis a una hermana modesta en sus palabras y en sus acciones, prudente, recogida, santamente alegre; entonces podéis decir: «He aquí una hermana de oración». Por el contrario, aquella que acude a ella poco o nada, la que aprovecha cualquier ocasión que se presente para no ir a la oración, dará mal ejemplo, no tendrá afabilidad ni con sus hermanas ni con sus enfermos, y será incorregible en sus costumbres. ¡Qué fácil es ver que no hace oración! (pág. 265).

En el nombre de Dios no faltéis nunca a la oración, y comprended la importancia de hacerla bien. Mirad, la oración es tan necesaria al alma para conservarla viva como el aire al hombre, o como el agua a los peces. Pues bien, lo mismo que los hombres no podemos

vivir sin aire, sino que morimos al no poder respirar, de la misma forma una Hija de la Caridad no podrá vivir sin la oración y morirá a la gracia si la deja. (pág. 267).

**San Claudio de la Colombiere** (m. 1680).— No debe dejar la oración por ningún motivo; si le molesta estar de rodillas, siéntese, es lo mismo... Manténgase en la presencia de Dios cuanto le sea posible y gustará con humildad las dulzuras que encontrará en la oración. No tema engañarse. (pág. 289).

Cuente sus penas a Nuestro Señor que está siempre cerca y dentro de usted... Cuando le falte consuelo en la oración, debe soportar con humildad la impaciencia que tiene de acabar, y, para mortificarse, quédese algo más de tiempo que lo ordinario. (pág. 288).

**San Juan Bautista de la Salle** (m. 1719).— La oración de padecimiento vale más que cualquier otra y, cuando Dios le ponga en ella, debe tenerlo por dicha muy grande. No tome ningún libro en ese tiempo; no lo necesita. (pág. 294).

La oración ha de ser su principal apoyo; no la deje, pues, nunca, a no ser que se halle

enfermo. Ella disipará las nieblas y la ignorancia de su mente. Guíese por el espíritu de fe: estar en la presencia de Dios es importantísimo para usted. No se detenga... (pág. 295).

Dos cosas son necesarias para la eficacia de la oración: Primera, la fe: «Todo cuanto pidieréis si tenéis fe lo alcanzaréis» (Jn. 16,23).

Dice «todo», indistintamente; nada exceptúa. ¿Quién osaría creer que tiene la fe tal eficacia como para alcanzar infaliblemente cuanto se pide a Dios, si el mismo Hijo de Dios, verdad por esencia, no lo asegurasen?

Tened por seguro que, cuanto más os apliqueis a orar, mejor desempeñareis vuestro empleo; pues no pudiendo por vosotros producir bien alguno en orden a salvar las almas, tenéis que dirigiros a Dios con frecuencia, para obtener de Él lo que vuestra profesión os obliga a comunicar a otros. Así lo enseña Santiago cuando dice que «Dios es el Padre de las luces, y que de Él desciende todo don perfecto»; esto es, todo cuanto se da y es necesario a los hombres para conseguir su eterna salvación. (pág. 298).

**San Alfonso M.<sup>a</sup> de Liguorio** (m. 1787).—

Pues si tenemos, por una parte, que nada podemos sin el socorro de Dios, y por otra que ese socorro no lo da ordinariamente el Señor sino al que ora, ¿quién no ve que de aquí fluye naturalmente la consecuencia de que la oración es absolutamente necesaria para la salvación? Es verdad que las gracias primeras, como la vocación a la fe y a la penitencia las tenemos sin ninguna cooperación nuestra, según San Agustín, el cual afirma claramente que las da el Señor aún a los que no se las piden. Pero el mismo doctor sostiene como cierto que las otras gracias, y sobre todo el don de la perseverancia, no se conceden sino a los que oran.

A la manera que quiso el Señor que sembrando trigo tuviéramos pan y plantando vi- des tuviéramos vino, así quiso también que sólo por medio de la oración tuviéramos las gracias necesarias para la vida eterna... Así lo enseña San Agustín: «Quiere el Señor concedernos sus gracias, pero sólo las da a aquel que se las pide» (pág. 311).

Se peca porque se quiere, pues demuestra la experiencia que quien recurre a Dios no peca, y quien a Dios no recurre, peca infaliblemente... Si somos vencidos, la culpa es totalmente nuestra, por no haber orado...



*No es igual rezar que orar:* Muchos Rezan el Rosario, el Oficio de la Virgen y hacen otras obras exteriores de devoción, y, sin embargo, continúan en pecado; al paso que quien hace oración mental es imposible que continúe en pecado, porque, o dejará la oración, o abandonará el pecado, pues como decía un gran siervo de Dios: «Vida de oración y de pecado no pueden estar juntas» (pág. 377).

A alguno que haya leído mis obras espirituales, tal vez me habré hecho pesado recomendando con tanta frecuencia el uso de la oración, su importancia, su necesidad continua. Yo al contrario, temo no haber insistido aun lo bastante. Sin cesar se nos inculca en el Antiguo y Nuevo testamento la necesidad de orar: «Invócame y Yo te libraré», «Invócame y Yo te oiré benigno»; «Conviene orar perseverantemente y no desfallecer». «Pedid y se os dará». «Velad y orad para que no caigais en la tentación». «Orad sin intermisión», etc. Por tanto, me parece, pues, no haber hablado con demasía de la oración sino antes poco.

Yo desearía que los predicadores nada recomendasen tanto como la oración; que los confesores a nada exhortasen tanto como a la

oración; que los escritores de nada escribiesen tanto como de la oración. Y de esto me lamento y pienso que es castigo de nuestros pecados, de que tanto predicadores, como confesores y escritores, hablan muy poco acerca de la oración. (pág. 379).

**San Pedro Julián Eymard** (m. 1868).— Sabed que estáis estrictamente obligados, bajo pena de condenación a orar. Abrid el Evangelio y al punto veréis el precepto de la oración. Claro que no está indicada la medida, porque esta tiene que ser proporcionada a las necesidades de cada uno. Debéis, sin embargo, orar lo bastante para manteneros en estado de gracia, lo suficiente para estar a la altura de vuestros deberes. (pág. 410).

Orando convertían los santos países enteros. ¿Acaso oraban más que cualquier otro del mundo? No siempre; pero oraban mejor, con todas sus facultades. Sí, todo el poder de los santos estaba en su oración ¡y vaya si era grande, Dios mío!

Quitad a un cuerpo su alimento, y muere. Quitad a un alma su oración, a un adorador su adoración, y se acabó: ¡cae para la eternidad!

La oración es la vida del alma. ¿Será posible? Sí, y certísimo. Ni la confesión será capaz de levantaros. Porque, a la verdad, ¿para qué sirve una confesión sin contrición? Y, ¿qué otra cosa es una contrición perfecta que una más perfecta oración?

Tampoco os servirá la Comunión. Pues, ¿qué puede obrar la Comunión en un cadáver, que no sabe hacer otra cosa que abrir unos ojos atontados? Y aun caso de que Dios quiera obrar un milagro de misericordia, cuanto pueda hacer se reducirá a inspiraros de nuevo afición a la oración. El que ha perdido la vocación y abandona la vida piadosa, comenzó por abandonar la oración... Porque, lo repito: nunca podrá Dios salvarnos sin hacernos orar. (pág. 412).

La oración es la característica de la religión católica y la señal de la santidad de un alma, y aun la misma santidad. Cuando veáis que uno vive de oración, decid: veo un santo.

Quienquiera que ore, llegará a hacerse santo.

La oración es luz y poder; es la acción misma de Dios, de cuyo poder dispone el que ora.

Nunca veréis que se hace santo uno que no

ora. No os dejéis engañar por hermosas palabras o por apariencias, que también el demonio puede mucho y es muy sabio... (pág. 413).

Las buenas obras exteriores no constituyen por consiguiente la santidad de un alma, así como tampoco la penitencia y la mortificación. ¡Qué hipocresía y orgullo no encubren a veces un hábito pobre y una cara extenuada por las privaciones!

Por el contrario, un alma que ora, posee un carácter que nunca engaña. Cuando se ora se tienen todas las demás virtudes y se es santo. ¿Qué otra cosa es la oración sino la santidad practicada? En ella encuentran ejercicio todas las demás virtudes, como la humildad, que hace que confeséis ante Dios que os falta todo, que nada poseéis; que os hace confesar vuestros pecados, levantar los ojos a Dios y proclamar que sólo Él es santo y bueno... La oración es la mismísima santidad, pues encierra el ejercicio de todas las demás virtudes.

Sí; la oración por sí sola vale más que todas las demás virtudes, y sin ella nada hay que valga ni dure. La misma caridad se seca como planta sin raíz cuando falta la oración que la fecunde y la refresque.

Porque en el plan divino, la oración no es

otra cosa que la misma gracia. No habéis parado mientes en que las tentaciones más violentas son las que se desencadenan contra la oración? Tanto teme el demonio a la oración que nos dejaría hacer todas las obras buenas posibles, limitando su actividad a impedir que oremos o viciar nuestras oración.

¿Preferimos la beneficencia? —No se dice en el Evangelio que haya que preferir la salvación del prójimo a la propia, sino todo lo contrario: «¿Qué le servirá al hombre convertir al universo mundo, si perdiera su alma? (Mt. 16,26). La primera ley es salvarse a sí mismo, y no se salva sino orando. Esta es, ¡ay!, una ley que se viola todos los días. Fácilmente se descuida uno por favorecer a los otros y se entrega a las obras de caridad. Claro, la caridad es fácil y consoladora, nos eleva y honra, en tanto que la oración... huimos de ella por ser perezosos. No nos atrevemos a entregarnos a esta práctica de la oración porque es cosa que no mete ruido y resulta humillante para la naturaleza.

La oración es el alimento del alma; para vivir hace falta alimentarse; la condición ineludible para vivir sobrenaturalmente es orar.

Nunca abandonéis la oración, aun cuando

fuere preciso abandonar para ello la penitencia, las obras de celo y hasta la misma Comunión... ¡Como! ¿Dejar la comunión que nos da a Jesús, antes que la oración? Sí; porque sin la oración, ese Jesús que recibís es como un remedio cuya envoltura os impide recibir sus saludables efectos. Nada grande se hace por Jesucristo sin la oración; la oración os reviste de sus virtudes, y si no orais, ni los santos ni el mismísimo Dios os harán adelantar un paso en el camino de la perfección.

¡Oh, os lo vuelvo a repetir, dejadlo todo, pero nunca la oración; ella os volverá al buen camino por lejos que estéis de Dios, pero sólo ella! En haciendo bien la oración, todo lo demás os vendrá por añadidura. (pág. 416)

**San Antonio M.<sup>a</sup> Claret** (m. 1870).— El primer medio del que me he valido y valgo siempre, es la oración. Este es el medio máximo que he considerado se debía usar para obtener la conversión de los pecadores, la perseverancia de los justos y el alivio de las almas del Purgatorio.

Cada día, haré, al menos, una hora de oración mental por la mañana, o media por la mañana y media por la tarde. (pág. 424).

La oración es un manantial fecundo de todos los bienes y un tesoro inagotable capaz de cubrir todas nuestras necesidades. Es una escala por la que subimos a Dios y por la que hacemos que su divina majestad baje hasta nosotros. Es la llave que nos abre las puertas del cielo y nos facilita francamente la entrada en él... (pág. 425).

**Santa Teresita del Niño Jesús** (m. 1897).— La oración y el sacrificio constituyen todas mis fuerzas; son mis armas invencibles. Conmueven los corazones mucho más que las palabras; lo sé por experiencia... Solamente podemos ser útiles a la Iglesia por la oración y el sacrificio. (pág. 427).

**Sor Lucía de Fátima**.— Escribía a un sacerdote: «Lo que te recomiendo por encima de todo es que te llegues al sagrario y ores. En la oración fervorosa recibirás la luz, la fuerza y la gracia que necesitas... Sigue este camino y verás que en la oración encontrarás más ciencia, más luz, más fuerza, más gracia y virtud de todo lo que pudieras conseguir leyendo muchos libros o haciendo grandes estudios. Nunca consideres mal gastado el tiem-

po que emplees en la oración... Que falte tiempo para todo lo demás, pero nunca para la oración. Estoy convencida de que la principal causa del mal que hay en el mundo y de los fallos de tantas personas consagradas, proviene de la falta de unión con Dios a través de la oración. (pág. 477).



## IMPORTANCIA DE LA SANTA MISA Y DE LA SAGRADA COMUNIÓN

### ¿Qué es la Misa?

La Misa es el mismo sacrificio ofrecido por Jesucristo en el ara de la cruz, para la salvación de todos los hombres.

Pablo VI nos enseña en el Credo del pueblo de Dios:

«Creemos que la Misa celebrada por el sacerdote, representante de la persona de Cristo, en virtud del poder recibido por el Sacramento del Orden, y ofrecido por él en nombre de Cristo y de los miembros de su Cuerpo Místico, *es el sacrificio del calvario*, hecho presente sacramentalmente en nuestros altares» (30-6-1968).

### ¿Qué vale la Misa?

Dice Bosuet: «Nada hay más sublime en

el mundo que Jesucristo, y nada más sublime en Jesucristo que su sacrificio».

Y siendo la Misa ese mismísimo Sacrificio de Cristo, se sigue que ella es lo más grande que tiene la Iglesia Católica.

Por tanto, la Misa es de un valor infinito, de un valor único, de un valor de Dios.

Sea dicha por el Papa o por un simple sacerdote, por un santo o por un pecador, concelebrada o no concelebrada etc., su valor no cambia.

La Misa es de un valor tal que con nada se puede comparar.

Oigamos a San Alfonso M.<sup>a</sup> de Ligorio:

—«Dios no puede hacer que haya obra más grande, ni más sacrosanta que la celebración de una Misa» (Selva. I, c.7).

—«La Misa es la acción más santa y más agradable a Dios que se puede llevar a cabo, tanto en razón de la víctima ofrecida, que es Jesucristo, víctima de dignidad infinita, cuanto en razón del primer oferente, que es el mismo Jesucristo, que se ofrece por manos del sacerdote» (Ibid. II,c.1).

—«Por eso el sacerdote que celebra una Misa sacrificando a Jesucristo, tributa a Dios una honra infinitamente mayor que la que to-

dos los hombres le tributarían muriendo por Él, con el sacrificio de sus vidas.

Además, el sacerdote con una sola Misa tributa a Dios más honor que el que le han tributado, y tributarán todos los ángeles del cielo, con María Santísima, quienes no pueden tributarle culto infinito, como el sacerdote que celebra en el altar» (Selva. P.I. c.1).

### **Frutos de la Misa**

Si la Misa es el mismo Sacrificio de la Cruz, como nos asegura la fe, resulta que ella tiene el mismo valor y nos consigue los mismos frutos que aquel: la redención.

¿Y qué es la Redención?

a) Nos limpia de los pecados.

«Esta es mi Sangre, de la Nueva Alianza, que será derramada por muchos (por todos), para remisión de los pecados» (Mt. 26,28).

b) Nos da la nueva vida sobrenatural de la gracia, por la que somos hijos de Dios.

«Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia» (Jn. 10,10).

c) Nos abre las puertas del cielo.

«Y cuando habré ido, y os haya preparado lugar, vendré y os llevaré conmigo, para

que donde Yo esté, estéis también vosotros» (Jn. 14,3)!

## Fines de la Misa

Nos hace capaces de pagar todas las deudas que tenemos contraídas con Dios.

El Angélico doctor Santo Tomás explica cuáles son nuestras deudas u obligaciones para con Dios, y entre ellas cita especialmente cuatro, y todas son infinitas.

*La primera*, alabar y honrar la infinita majestad de Dios, que es digna de honores y alabanzas infinitas.

*La segunda*, satisfacer por los innumerables pecados que hemos cometido.

*La tercera*, darle gracias por los beneficios recibidos.

*La cuarta*, en fin, dirigirle súplicas, como autor y dispensador de todas las gracias.

Ahora bien: ¿cómo se concibe que nosotros, criaturas miserables que nada poseemos podamos, sin embargo, satisfacer deudas de tanto peso?

A esto responde San Leonardo de Portomauro:

«No tenemos que preocuparnos, pues te-

nemos el medio más fácil y el más a propósito para consolarnos y consolar al mundo. Procuremos asistir con la mayor atención al mayor número de Misas que nos sea posible; hagamos celebrar muchas, y por exorbitantes que sean nuestras deudas, por más que sean sin número, no hay duda que podremos satisfacerlas completamente por medio del inagotable tesoro de la Santa Misa.

### ¿Cómo hemos de oír la Misa?

Para oír bien la Misa y conseguir con ella los mayores frutos, lo primero y principal es saber que estamos asistiendo al Sacrificio incruento de Cristo, el mismo Sacrificio del Calvario, y al mirarlo en la Sagrada Hostia que en la consagración eleva el sacerdote, imaginarnos que lo estamos viendo elevado sobre la Cruz, y adorándolo de rodillas con profunda devoción, ofrecerlo y ofrecernos a nosotros con Él al Eterno Padre, por los cuatro fines que anteriormente hemos expuesto.

Dice Juan Pablo II: «En virtud de la consagración, las especies del pan y del vino, *representan* de modo sacramental e incruento, el Sacrificio cruento propiciatorio ofrecido por

Él en la Cruz al Padre para la salvación del mundo«.

Por tanto, la Misa *re-presenta*, hace presente, actualiza, hace actual aquí y ahora el Sacrificio de la Cruz.

Al asistir a la Misa hemos de obedecer a la Iglesia siguiendo, todas las rúbricas y ceremonias prescritas, permaneciendo de pie, de rodillas o sentados, aunque por devoción sintamos deseos de permanecer de rodillas o de otra forma.

Y en el momento más importante, que es el de la consagración, cuando Jesús descien- de del cielo y se encierra en la Santa Hostia, por favor, arrodillémonos siempre que nos sea posible, pues escrito está:

«Yo juro por mi mismo, dice el Señor, que ante mí se doblará toda rodilla, y que toda lengua ha de alabar a Dios» (Rm. 14,11).

Ante «Jesús, se doblará toda rodilla, en el cielo, en la tierra y en los infiernos» (Fil. 2,10).

Pues si hasta los demonios doblan sus rodillas delante de Cristo, ¿quién te crees que eres tú que no te arrodillas en la consagración?

Quienes no se arrodillan durante la consagración, creo que no lo hacen por maldad, sino porque no pueden y otros por ignorancia.

## **El momento más importante de la Misa**

El momento más importante de la Misa, es sin duda el de la consagración. Las lecturas anteriores, la homilía, si la hay, y todas las oraciones anteriores a la consagración, son como una preparación para lo que es el Sacrificio de la Misa, el cual empieza y termina en el momento de la consagración.

Dice un autor:

La esencia de la Misa está en la consagración, pues, al consagrar primero el cuerpo de Cristo, y luego separadamente la sangre, representa a Cristo en el Sacrificio que derrama su sangre separándose del cuerpo al morir en la Cruz...

Y en este punto culminante de la Misa es donde se hace presente el Sacrificio del Calvario, porque sobre el altar está aquel cuerpo que murió por nosotros en la Cruz y aquella sangre que en la Cruz fue derramada hasta la última gota por nosotros.

Pero aunque el momento de la consagración es el más importante, no obstante para nosotros el más provechoso es el de la comunión si lo sabemos aprovechar.

## **La Sagrada Comunión**

Hoy día comulga mucha gente, pero me da mucha pena el decir que creo que muchos comulgan mal.

San Pablo dice en su Carta a los Corintios: «Quien come y bebe sin discernir el Cuerpo, se traga y bebe su propia condenación (1 Cor. 11,29)».

La palabra «discernir» significa saber lo que se hace; saber bien a quién se recibe. Y desgraciadamente yo creo que muchos no lo saben. Porque si lo supieran, no se comportarían de la forma que lo hacen.

Cierto que casi todos los que comulgan saben que reciben el cuerpo y la sangre de Cristo. Pero quizá piensan que reciben el cuerpo y la sangre muertos; o si creen que reciben a Cristo vivo, tal vez piensan que solamente permanece en la Sagrada Hostia, hasta que lo toman y que inmediatamente que esta llega al estómago desaparece.

### **La Sagrada Comunión es una audiencia**

Si tu pidieras una audiencia para hablar con un rey o con el Sumo Pontífice, y éste



accediera a concederte media hora para hablar contigo, si tú inmediatamente después de entrar en su despacho y saludarle, le dijeras: «Bueno, ya me voy, porque no sé que decirle, y porque además me aburro...» ¿No sería ésta una falta de respeto imperdonable?

Pues en la Sagrada Comunión Jesucristo viene a tu corazón para estar contigo, y para que le pidas lo que quieras, y le cuentes tu vida y tus preocupaciones, y viene con el propósito de estar contigo de quince minutos a media hora, ¡y tú te atreves a dejarlo inmediatamente que acaba la Misa, cuando aún no hace ni cinco minutos que ha venido para estar contigo!

Dicen los teólogos que, Jesucristo, tal como está en el cielo, glorioso, pero invisible, viene a estar con el que comulga, y permanece con él, hasta que se deshace y corrompe la Sagrada Hostia que ha comulgado. Es decir: el tiempo que se calcula que tardan en corromperse las especies sacramentales, los doctores calculan que pueden ser de veinte minutos a media hora, que es el tiempo que Jesús permanece sacramentalmente en el alma del que ha comulgado.

Por tanto: si tú sales de la iglesia después

de comulgar, inmediatamente que acaba la Misa, te llevas contigo a Jesús como si fueras un sagrario, y los que se tropiezan contigo deben de doblar la rodilla y hacer la genuflexión, porque tú tienes dentro de ti a Jesús Sacramentado.

Antiguamente, cuando un sacerdote llevaba la comunión a algún enfermo, siempre le acompañaba alguien con dos velas y una campanilla, para que la gente por donde pasaba se pusiera de rodillas.

Y por este motivo, San Juan de Ávila, viendo que cierta persona solía salir de la iglesia después de haber comulgado, inmediatamente que acababa la Misa, mandó a dos monaguillos que con cirios encendidos lo acompañasen hasta su casa. La citada persona, extrañada, preguntó que por qué le acompañaban con los cirios, y ellos le dijeron: «porque se lleva Vd. al Santísimo, y es costumbre que cuando se saca de la iglesia se le acompañe con velas encendidas». Y desde aquel día se dice que ya no volvió a salir sin antes hacer un rato de oración y dar gracias por la audiencia recibida.

## El testimonio de los Santos

*San Pedro Julián Eymard*, dice: «El momento más solemne del día es el consagrado a la acción de gracias después de la comunión, porque tenéis entonces a vuestra disposición al Rey de los cielos y tierra, a vuestro Salvador y juez, muy dispuesto a concederos cuanto le pidáis. Consagrad, si podéis, media hora a la acción de gracias, o a lo menos, extremando las cosas, un cuarto de hora...».

*San Juan Bautista de la Salle* a sus religiosos: «Estad persuadidos de que en toda la vida no hay mejor tiempo para tratar con Dios que el de la comunión y los minutos que le siguen, durante el cual tenéis la dicha de tratarle cara a cara y de corazón a corazón».

*Santo Tomás de Villanueva*, dice: «Con respecto a las horas mejores y más a propósito para orar, yo no hallo otra más oportuna y conveniente que la que sigue a la comunión, pues, mientras duran en nosotros las especies sacramentales, no menos acatamiento hacen al Redentor del mundo los ángeles en el pecho del que lo recibió que si lo viesan en la custodia. Por tanto, sería caso de gran descomediamento y mala crianza si el que lo acaba de

recibir en su pecho, se ocupase luego fuera de sí en negocios no necesarios de inevitable necesidad que no sufrieran dilación».

*San Juan de Ávila*, cuyas misas se prolongaban más de una hora, aconsejaba: «Acabada la Misa, recójase media hora a dar gracias, y aprovéchese de Él, no de otra manera que como lo hizo Zaqueo cuando vivía; porque el mejor tiempo de todos es aquel mientras el Señor está en nuestro pecho, cuyo tiempo no se ha de gastar en otra cosa si no es que nos viéremos forzados por alguna extremada necesidad...».

*Santa Teresa*: «Estaos vos con Él de buena gana; no perdáis tan buena sazón de negociar, como es la hora después de haber comulgado... Y no suele su Majestad pagar mal la posada si le hace buen hospedaje».

*San Alfonso M.<sup>a</sup> de Ligorio*: A la celebración de la Misa ha de seguir la acción de gracias..., pero ¿cuántos son los que la dan?... El tiempo que sigue a la Misa es tiempo de negociar con Dios y de hacerse con tesoros celestiales de gracias...».

A los testimonios aducidos, podríamos añadir otros muchísimos más; pero basten estos para darnos la idea de la importancia de los minutos que siguen a la comunión.

Voy a terminar con unas palabras del gran teólogo espiritual *P. Garrigou-Lagrange*:

«Los fieles que salen de la iglesia apenas han comulgado, ¿acaso han olvidado que la real presencia de Cristo persiste en ellos como las especies sacramentales alrededor de un cuarto de hora después de la comunión? ¿Y cómo es que no pueden hacer compañía al huésped divino durante este corto lapso de tiempo? Nuestro Señor nos llama, se nos da con tanto amor, ¿y nosotros no tendremos nada que decirle y ni siquiera queremos escucharle unos instantes?»

Los santos, en particular Santa Teresa, nos ha dicho repetidamente que la acción de gracias sacramental, la oración de aquellos minutos que siguen a la comunión, son para nosotros el momento más precioso de toda la vida espiritual».

«Dada la importancia del tiempo que sigue a la comunión, lo que necesitamos para hacerla bien, es avivar más nuestra fe en la presencia real de Jesucristo, y recogiendo en ese momento los sentidos, hacer como Santa Teresa que, «se consideraba a los pies de Jesús y lloraba con la Magdalena, ni más ni menos que si le viera con los ojos corporales

en casa del fariseo... Pues, si cuando Jesús andaba en el mundo, con sólo tocar sus ropas, sanaba los enfermos, ¿por qué habremos de dudar que nos hará mil milagros si tenemos fe, y nos dará lo que le pidiéremos al estar dentro de nosotros, pues está en nuestra casa?»

## **Condiciones para comulgar bien**

La comunión bien hecha es la obra más santa, más agradable a Dios, y la más importante y provechosa de nuestra vida. Pero para ello hay que hacerla bien, pues si comulgamos mal, será para nosotros motivo de nuestra propia condenación.

Por eso dice el Apóstol:

«Cualquiera que comiere este Pan, o bebiere el cáliz del Señor indignamente, será reo del cuerpo y de la sangre del Señor. Por tanto, examínese a sí mismo el hombre, (y si se halla con la conciencia limpia de pecados y cumple las demás condiciones); de esta suerte coma de aquel pan y beba de aquel cáliz; porque quien lo come y bebe sin discernir el cuerpo, se traga y bebe su propia condenación» (1 Cor. 11,27-29).

Dos cosas son necesarias para poder co-

mulgar: Primera, estar limpios de pecados graves. Nadie puede comulgar teniendo la conciencia manchada con algún pecado mortal. No basta estar muy arrepentido, ni tampoco basta haber hecho un acto de verdadera contrición. Antes de comulgar es necesario confesarse y recibir la absolución.

Lo segundo es el ayuno eucarístico: Hay que estar sin haber comido ni bebido desde una hora antes de recibir la comunión. Solamente se permite beber agua y tomar medicinas. Los muy ancianos y los enfermos no están obligados a guardar ninguna clase de ayuno.